



Víspera

FEDERICO RUIZ TIRADO



Víspera

FEDERICO RUIZ TIRADO



1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

©Federico Ruiz Tirado

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter / X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Edición y Corrección

Alejandra Pérez Tarazona

Diagramación

Roberto Chávez Pabón

Diseño de portada

Ian Laprea

Imagen portada

Bélico, María Helena Ruiz, 2023

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5508-0

Depósito legal: DC2024000250

DIGITAL EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

*Se hundió la casa de papel o cuarto de juego/ de un niño
inexplicable que al despertar/aplastó sus cubitos de hojalata*

JOSÉ EMILIO PACHECO

*La vida ya ha pasado. Otras luces de otra ciudad se
fueron encendiendo. Cuando miro tus ojos todo empieza
otra vez.*

JOAN MARGARIT

*A la memoria y tránsito de José Esteban Ruiz-Guevara, mi
padre, ese baquiano de Puerto Nutrias.*

A Juan David, el granizo. A Natalia, el invierno ruso.

A Beatriz Rondón, hoja del rocío ante mis ojos.

EL PAISAJE Y LOS ESPEJOS

Prefacio

En su *Crítica del Juicio*, Immanuel Kant presume un concepto que años después será desarrollado con vehemencia por los románticos: el camino estético reflexivo hacia la búsqueda de lo sublime. En palabras del mismo Kant, lo sublime y su certeza vendrían a ser: “el asombro próximo al terror, al estremecimiento, el santo horror que se experimenta al ver las montañas que se elevan a una gran altura, profundos abismos donde las aguas se precipitan murmurando, una profunda soledad que dispone a las meditaciones melancólicas”.

Para la poesía de Federico Ruiz Tirado y ese manejo de poemas que *Víspera* amarra, este asombro que experimenta el esteta frente al paisaje aún no ha claudicado. Más aún, esa certeza ontológica se encuentra incluso con el anverso de lo sublime, su opuesto psíquico en el estado de la conciencia poética.

El autor, su obra y nosotros los lectores nos encontramos también con el espanto, con el pánico y con el ocultamente postrero a la exaltación antes expuesta: la melancolía, el letargo e incluso la decadencia. Aunque contrarios, los símiles poéticos se funden en el caudal que tributa en este libro.

Libro que abreva en los manantiales de la poesía escrita por llaneros, de la que entronca en su búsqueda no solo en el paisaje como objeto reflexivo, sino también desde donde se ubica el 'yo poético' del autor. No extraña que estos mismos poetas de piedemonte rondan como fantasmas en un viaje fluvial desde Calderas hasta Sevilla, Puerto de Nutrias, tierra de su padre, Tanger y lugares del Norte de África, el Metro de París e incluso una playa apocalíptica de Normandía.

Federico Ruiz Tirado no es un poeta, es un paisaje surcado por los andares de su padre, sus faenas de llanero cimarrón que alguna vez alucinó en la espuma del mar Egeo y abofeteó los clásicos de Freud y Lacan, y sus discípulos dictando cátedra sobre el amor, la Segunda Guerra Mundial, los zoológicos y las cárceles donde convivió con Gregorio Samsa.

Otros paisajes, otros espejos.

JESÚS ERNESTO PARRA

ECOS

¿Qué origina el lenguaje de este libro que, en un acto de recordar, hace tránsito en el campo y el paisaje? ¿Un poema historizado, fugaz tropo tras la selva y los musgos de la antigua comarca envejecida? ¿Quiénes habitan sus ámbitos y, en múltiples sentidos, qué anuncian?

Aquí van inexorables la palabra, el agua y unos hombres nadando en lo oscuro.

De regreso al principio surgen diversos géneros de una contienda paradójica que buscan refugio y algunas tibiezas de la historia real y, así, se juntan y se parecen a la hazaña de un peregrino que no comparte el lenguaje de los otros.

El ‘poema’ es también una aventura: novelar. Sus equivalencias son tramar lo onírico y demarcar sus siluetas, es decir, la anunciación, la ‘véspera’ en que la noche se va hacia la nada sin decisión de la poesía.

Es el rumbo que toma la consumación del tiempo, su forma y ritmo, cada uno en sí y entre sí tomados de la mano; valiéndose del aliento del búho mítico, de un cedro enorme, de unos tigres que solo cumplen con su metáfora aristotélica y sus matices bélicos.

Vispera deja oír ese desplazamiento.

F. R.T.

EL ÁRBOL Y EL HOMBRE SON HERMANOS

Al Dr. Víctor Mazzei González

El árbol es esclavo, el hombre libre; al árbol lo esclaviza el pie y al hombre lo libera la cabeza. Sin embargo, el árbol y el hombre son hermanos.

El árbol es más hijo de la tierra que el hombre porque hunde cada vez más sus raíces en la entraña de la madre, mientras el hombre huye de ella en pesadillas marcianas y lunares. Sin embargo, el árbol y el hombre son hermanos.

El árbol busca al árbol para dar sombra a los hombres y a los otros árboles; el hombre busca al hombre para exterminar hombres y para talar árboles.

Sin embargo, el árbol y el hombre son hermanos. Cuando el acero del hachero fogoso se hunde en las carnes palpitantes y fibrosas del árbol para separarlo del rebaño del bosque, el hombre, en el sangriento campo de batalla también es separado del inhumano rebaño del ejército por la bala enemiga que le destroza un miembro o le arrebató la vida. Entonces, el árbol y el hombre son hermanos.

*El árbol al morir nace de nuevo, reencarnado en el
utensilio simple o complicado que el hombre usa en la
vida desde que nace hasta que muere y el hombre tam-
bién al morir reencarna en el recuerdo.*

J. E. RUIZ-GUEVARA. E

[Cárcel pública de Puerto Ayacucho 1958]

VÍSPERA

Por momentos los gavilanes de la aurora
las hormigas nómadas
los cazadores de serpientes
lo pierden en su sueño.

Cuando la maleza telúrica
la pampa vuelve a su corazón de origen
mi padre entonces se despierta animado.
Cada vez que se va a morir
el toro brama, tiemblan las piedras
él entona la canción del alfabeto.

El aire alquímico bate
las iguanas callosas
y caen al follaje moribundas.
Y él se levanta izando un quejido recio
sobre la sabana.

Cuando mi padre se va a morir
el monte palidece más
se vuelve blanco.
Pura espuma
como el mar soñado en Grecia
donde vivió hace siglos
y los bustos decapitados.
Aquellos héroes
los dioses del mundo
caían al vacío
desnudos

despedazados.
Cuando mi padre se va a morir
los cazadores se reúnen y hablan
de sus hazañas con mujeres nocturnas.
Las aves y los indios y los gauchos
desaparecen tras
las nubes lejos del mar.
Otras nacen y mueren
en los ríos
huyen hacia el abismo
hacia la nada solitaria
donde el tigre custodia el rastrojo
de mi sueño.
Allí mi padre canta
no se despide
no anuncia.
Cuando mi padre se va a morir no hay luna
ni sed
no hay ahora
no hay letra en la llovizna tierna
no termina de despegar del ombligo de la tierra
no concluye.
Y a su lado
las luciérnagas lo alumbran
no se va.
No dice que se va
cuando se va a morir.

Abre un sendero hacia la luz
y nos despedimos de la primavera.

NOCHE FIERA

Las mariposas lamen cuanto pueden
de la ranura de los árboles más altos.
Mi padre les alcanza mieles con su lanza filosa
les prodiga migajas de pan a las hormigas
que extrae de sus alforjas.
Camina descalzo sobre las piedras
se zambulle en el agua.
Una nube de sangre cubre cautelosa
la ribera y sale a flote como un submarino.
Yo le canto la zona de los gusanos
que lo esperan bajo el chubasco
verdes, en fila india
sedientos del secreto.
Lo diviso taciturno
entre los demonios de la noche.
Tantas serpientes que lo aguardan
como yo a su mirada de anfibio
muerto de risa entre las begonias.
No es demasiado tarde
para regresar a casa
me dice.
Apaga la fogata
borra las huellas
el humo los despistará hacia el oeste.
Nosotros vamos rumbo al sur
por alimentos en esta noche fiera.
No darán con nosotros
por este sendero
no conocen el bosque.
Sígueme en silencio.

DE PRIMAVERA EN GRECIA CON MI PADRE

Íbamos hacia el pie de monte y de súbito
sintió entre los surcos un olor a fruta.
Son aromas de este tiempo
en los campos de Atenas.
La primavera
le digo
y él alza una mirada centinela hacia las nubes
y en segundos monta el campamento
porque aquí en el monte nada nos hace libres.
Y si existiera el vergel allá arriba
podrían hacer una emboscada
en el nidal de las orquídeas.
Lo mejor es apuntar este presagio
con un arcabuz.
Dame el rifle
no comas almendras.
Pásame el fusil
aguárdame en el follaje.

De pronto crispa sus manos
hace una señal
descendemos
de vuelta a casa.
Y si esta noche vienen a buscarnos
saltaremos entre las vigas
a romperles el alma
es gente a la que hay que tratar como alimañas.
Pásame el fusil
alcánzame el bastón.

Tal vez las armas de fuego no sirvan para nada
toma mis cuchillos
cuida de tu hermano
no permitas que te acorrale el cansancio
ni hables de las frutas de Grecia con nadie.
Esa noche
toda la noche
las estrellas, el agua, los grillos, los mirlos.
El viejo campanario, las gaviotas
aquella mujer que no habla
un niño echado de rodilla
otra mujer hablando sola
la misma mujer mirándonos desde la pila.
Los sudores, las piedras rasguñando el alba
el estero, las estrellas coaguladas.
Esa noche
toda la noche.
Una canción lejana
un gemido proveniente del refugio del mendigo
una bandada de pájaros surcando el espacio caliente.
Esa noche
toda la noche
se derramó la primavera.
Ya están aquí, viejo
toma el arpón del abuelo
sacúdeles los huesos, camarada.
Yo te guardaré las estampillas.

NOCHE DE VIGILIA

Lejos del camino rastreamos sus pisadas
nuestros hermanos habían visto de cerca
sombras de sombreros entre los sauces
siluetas y cascabeles
animales de caucho
trepidantes.
En nosotros anidada los poros del horizonte.
Mi padre
acostumbrado a olerla
me dice: es ella.
Allá por lo bajo
esos caballos jadean asustadizos
dormiremos en la sombra.
El relente
nos abrigará
en su corazón desde la tarde.
La muerte juega sus dados
nosotros somos jinetes
del mundo.
Así es ella.
La muerte
es una plaga
detrás de la cortina
de humo.
La noche nos adentra al refugio
oímos los quejidos
él ve claramente las retinas
de los hombres esparcidas
en el aire caliente

surcando la sabana.
Dormimos atentos a las víboras
quizás ella venga por nosotros
de un momento a otro.

DÍA DE PESCA

Lo acompañé una mañana
al pozo oscuro del río
nadamos con la caña en la boca
hacia la orilla
y en los húmedos rastros
me enseñó a cebar el anzuelo
con lagartijas disecadas por el verano.
Dormitamos entre bejucos
sueños de sus antepasados.
Hablabamos solo
murmuraba algo que había leído
de Anton Chéjov
mientras yo soñaba con pescar
a la ballena asesina.
De pronto vio una piedra y otra más
igual a un enano prehistórico.
Fue como siempre
todo igual.
Los fósiles en la ribera
como monstruos sin cuna
junto a las chicharras quemadas.
A ciertos enanos la sequía los dora
los petrifica para espantar a los pájaros
asustar a los niños realengos
que huyen de los rigores de la escuela.
Regresamos al anochecer
con los bolsillos repletos de gusanos
llenos de rocío.

CORAZÓN DE MEMORIA

Nunca vi tus amapolas.
Nunca el bolero
mostró su letra rota
la gravedad de cuánto
tiempo esbelto cayó
desde el principio
sobre las cáscaras del muelle.
Nunca jamás sentí partir las naves
desde el surco silvestre del río
donde reíamos y jugábamos
con piedras y simulacros
de barcos.
Pero no olvido principalmente el alud
que bajó terrosa la ilusión
congregada tan alto
en la cumbre de la inocente edad.
Después de todo
yo soy tu padre.
Hoy te cedo mis cabellos sucios
el corazón adicto
ajado
por la emoción
capaz de subastar
la presa fácil de mi amor fallido
del paso por el pasado
su vino agrio.
La ruina del barrio
su luna en los bares del puerto.

CEDRAL

Arrastras la costra del olvido
la almohada primitiva
pero izas la sábana ardiente
de modo tan sutil y despiadado
que sin dudas
no es el adiós definitivo
ni la sed desguarnecida
que estrangula con ardor
tus cuerdas vocales.
Ves el mar a lo lejos
la carpa caída del circo
bajo la tormenta eléctrica.
Ves huir a los payasos
y ríes, y tu risa es amarga.
Entonces recuerdas a tu padre
y te preguntas cuándo llegó a casa.
Son cosas de la costra nuestra
pieles de la nostra cosa.
Piensas a veces como un titiritero
pero eres árbol.
Somos tan corpulentos
tan solitariamente árboles
en los meridianos
tan esqueléticamente cedrales
que nuestras siluetas en los bosques
se reúnen y festejan con los grillos
el silencio de las sombras gigantes.
La savia del cedro y su barba

de vecino asomado a la ventana
cedro y ceiba juntos hablándose.
Somos tan robles
y lo sabes.
Solamente
alcanzarás la calle ciega
junto a los desasidos
marineros del retrato.
El bar está ebrio
el mar lo sala
la sala sola.
Si posas para la postal
caerán hojas y espinas
boinas y escapularios
antiguos.
No te plantarás en ese lugar
sin fuente ni pozos de agua gris.
No serás el héroe de la Polaroid
no dirás adiós a tu amiga rusa
que fumó yerba contigo
en una plaza pública y amaste
hasta que la muerte se te pare
te separe de su bicicleta
de dos ruedas grandes
y dos más tan pequeñas como aros
de su sándwich
de mantequilla
y crema de salmón salvaje.
Mientras los cedrales batan brisa
y el pavimento de tus calles brille
como el espejo del tesoro escondida
olas abajo

a miles de bares de profundidad.
Tus párpados no retendrán la cebada.
Navegarás amniótico y líquido
con tus hojas en el saco.
Los males vendrán por ti
eso lo sabes.

LA MUJER TELA ARAÑAS

Habla sola la lengua
dice bla bla mientras ella teje tréboles.
La lingüística ya no se escribe con diéresis
entonces guarda diccionarios en vitrinas
descifra petroglifos
suspira a las cinco de la tarde.
Existe ahora la @arroba.com
hija de Edipo con otra cara.
No es la misma moneda
pero ella compra
hace trueques
lee a Góngora
le importa un comino
si el tomillo sube a sus rodillas.
Muslos arriba y pueblan su cuerpo
con el mío.
Ahora bien, debe decirlo
su credo de mujer
que tiene cuatro manos
cuatro gatos
cuatro manos son ocho organismos.
Esa mujer
con sus dos manos naturales
iza banderas los domingos
alza ollas, lava ropa, leva naves de niños
guisa animales
alaba sus senos.
Esa mujer

con sus manos extras
no está en nómina
mantiene ad honorem el equilibrio
de las abejas cósmicas.
Dedica señas de ternura
perfuma la mañana
escribe en las paredes
difunde ideas subversivas
se asusta con el hipo ajeno.
Baila sola.
Y sucede a veces
que se disfraza
para sentirse viva entre los muertos.
Mi padre
amó sus múltiplos de 4.

EL RIO

No hay pájaros en ese verso perdido
cuando río con mi hermano.
Acaso una fotografía en blanco y negro.
Zamuros
40 matas
escondidos
a la guarda del ferrocarril.
El río es una extensión.
Estilo aullido entre las rocas
de Allen Ginsberg
mientras suben las verdaderas mentiras
y bajan los sudores.
Nadie nos soporta
pasamos las aldabas.
Las hembras llaman a los varones
los varones nadan.
Nadie oye a nadie
entre las brumas.
Adiós.

FÁBULA DEL OTRO

(I)

Ya no piensa en la brújula perdida
cavila tendido en la arena
siente aún el olor a bosta.
Dormita sueños con azúcares
y carnes saladas.
La colina distante, los árboles frutales
son los recuerdos más desvanecidos
el desierto de donde viene.
Alguna vez luchó en una guerra entre sombras
desperdicios, gente y camellos disueltos.

(II)

El tigre ronda su sombra
no para devorarlo.
Es un animal vencido por la nostalgia
se distrae viendo formas en las nubes
llama su atención la dispersión
la movilidad del cuello de una jirafa
tras la ruta de fieras enemigas.
En el mar de nubes
otras tan desaliñadas son pesadillas viejas.
Mapas desordenados en la jungla del cielo
comarcas interplanetarias.

(III)

De todos modos, recuerda
que salió para volver temprano
antes hizo lo suyo en la taberna
en brazos de mujeres tibias
ajenas y de labios rojos.
Amó, dolió en el bajo vientre
pero cantó en sus ombligos.
Le dieron de comer en sus viviendas
y sigue.

(IV)

Las rocas escurren
el hombre se permite un trago
mirar al tigre que lo vela.
El animal y el hombre
huelen a piel mojada
se acercan.
Él posa la mano sobre el lomo
el tigre ve sus dedos
ve las nubes.
Duermen uno al lado del otro
con los ojos abiertos.
El hombre sueña con la luna
y la vida en otros planetas
el tigre con su antigua manada.
Ambos nunca más volverán
a ningún lado.
La mujer del hombre emprendió viaje
a esos parajes

viene con su cuerpo caliente
sudorosa y anhelante.

1945

Bastó el olor a musgo quemado
para sentir lo inútil que es el torrente de la sangre
y saber que ya somos un recuerdo de la muerte
que aún no ha llegado.

¿Cuándo vamos a aprender, digo a los muchachos
que entre los vocablos de la noche
nuestros decires no admiten plegarias
ni llantos redentores, ni himnos?

Se debe decir morir o no vivir
en este mar de yodo.

¿Hacia dónde se irá el aire que no viene
de ninguna parte como una sardina ciega?
El jadeo es el largo destino de la tos
y el corazón no lo soporta.

El arpa que anunciaba el aura de las aves
es un eco de hielo.

La nada.

Se borraron los recuerdos de la primavera
de las hojas secas del otoño
de la ribazón del pez de agua dulce
del beso que nos dimos en el puerto.

Las ruinas del mundo
somos nosotros mismos
y así debió estar previsto
antes de nacer el aire.

Todo lo demás fue cine barato
ilusión
miel agria.

Dime que estoy equivocado
y te recordaré toda la vida
que está por venir
entre jardines y tías de antaño
olores y estrellas y faunas del mundo que sueñas.
Hazlo si puedes comprender que no estoy
para canciones de cuna.

EL IMPOSTOR

Durante la velada
vi ese rubor tuyo inesperado
lastimándonos el aire
tan primaveral.
Sentí sus palabras en tus piernas.
No me digas que no
no voy a aguar tu fiesta.
Él hablaba con su dejo distraído
sin ton ni son saboreando un vino del sur
de una cepa frutal de Mendoza
disparando citas coleccionadas
en los tiempos de la Facultad.
Y hablaba y juntaba sus manos cicatrizadas
como una estatua enclavada en la Rue de Rivoli
promocionando hoteles de lujo en lenguaje de señas
detrás de una tienda a la que iba los sábados
con lentes de sol y ropa ligera.
Cumplida la rutina del boliche
a ver pasar los fantasmas de Alain Delon o
Balzac en procura de ropa íntima para celebridades.
Qué estupefacción la tuya
qué hermosura de pasmo en tus ojos
recién nacidos
qué monería en la comisura de los labios.
Ante la foto amarillenta Lacan y él
él y Lacan siempre los dos cagados de risa.
Retratos del Pompidou
de alemanes haciendo mímicas de orangutanes.

Cholos trenzados, descalzos
y sus malditas quenas.
“Al final de esa avenida
está la sede del Gran Poder de Dios”
sentenció el psicoanalista
y tu olor a mar se perdió en esa frase.
Qué gran discípulo de Freud también es mago
hizo erizar tu piel
de mi mujer que yo amaba
hasta los tuétanos.
Tus senos de bálsamos beduinos
que eran míos desde el origen del tren
en la tierra de nadie.
El metalenguaje es un exterminio del amor
un dardo atravesando la sala vacía
de nuestro muerto amor
de su lenta forma de sepultarse
ante mis ojos.
Ahora lo recuerdo
frente a la olla de huevos cocidos
las copas de armagnac.
Tú andabas de fuga
en plan de angustia.
Deseosa
desesperada
por un récipe
tan solo por su
autógrafo
de psicoanálisis
enchapado
a la antigua.

EL PRISIONERO

A veces se oyen risas.
Desde el pabellón contiguo
Gregorio Samsa emite gruñidos escalofriantes.
Ya no hay espacio
para sus enormes alas.
El absurdo del mundo
no sobra en ese lugar
donde los grillos lloran al caer
los pájaros vuelan bajo la
madera rancia y esta mesa
cruje sin los encantos
del barniz antiguo.
Así debió ser el otoño
en un plano difuso
de la novela.
Un cementerio de hojas
hierro forjado
horas sin despertar.
El novelista prisionero
contempla una luz
verde a lo lejos
y recuerda el álabe
de la bailarina rusa
hablando sola en el Café Pushkin
y gente de señas típicas
en lenguas dormidas
frente a la tumba de Lenin.
Es hora de los truenos

de los evangelistas
ahuyentando a otros
dioses civiles
arrastrando
cadenas.
Desde hace mucho tiempo
nadie ve el sol.
El sol no existe
para uso doméstico.
El sol toma largas vacaciones
por temor a los bichos
de última moda
que arriban al puerto
por las alcantarillas.
Samsa quiere ver el crepúsculo.
El novelista prisionero lee a René Char
se reúne con sus palabras
en las aguas altas de la mañana.
Aguarda aquel instante fresco
de antaño cuando la amaba.
Y llora
es un llanto
de viejo lobo
herido por el rostro
de su recuerdo
tallado en la pared.
Yo lo escucho
es mi padre
el ruido de sus pasos invisibles.
Huelo su indumentaria de campesino
sombra de paisano
su escudero.

Un buque encallado
lleno de tabaco.
El prisionero
no puede morir por mucho tiempo
sin recibir señales de este lado del mundo.

NACIENTE

Es una falacia
generalizada y peligrosa
porque en los bajos fondos de su pueblo
y desde el Puerto los ebrios, los pata en el suelo
los forajidos, los sucios, sin plataforma ni cédula
los árabes sentados en los portales de sus almacenes
fantasmagóricos
leyendo viejas noticias
sobre los ventarrones
del golfo pérsico.
Los cimarrones envinando la carne salada
los indios merodeando
los esteros llorando y viendo las ciénagas.
Sus petroglifos en las retinas
de los bichos
los paranoicos
los alucinados
los pecadores originales
las mujeres de antes
que amanecían en las sábanas con los jugadores.
Todos ellos han sido
engañados por el cura de la parroquia remodelada ayer.
Hijo de su puta madre
que lo parió
en la cúspide del altar mayor
miembros de la célula
del glorioso partido
más la señorita que guardaba para él sus prendas en

alcanfor
y lo espera aún solo para el lavatorio de sus pies.
Todos ellos han sido engañados
por las bandas
armadas del Comando Sur
los jefes de los teatros
los accionistas de la banca
los señores de los aserraderos.
Todos
más los reyes de España
los tres reyes malos
Mandrake el mago
el jefe de turno
el gobierno anterior.
las bestias escritoras
han sembrado la especie.
Han dicho en la radio
que mi padre ha muerto
y eso es falso
es rotundamente falso
porque él goza de buena salud.
Está como un león
lamiendo a su leona
la sangre de su herida.

Este poema por sobradas razones quiere aclarar
que ese rumor
proviene del ala oscura del movimiento para crear
confusión entre sus nietos y sus más lúcidos discípulos.
Proviene de nuestros enemigos secundarios
que soban la baratija con la que el enemigo
principal calienta las orejas

de los patanes que se infiltraron en su última aparición pública.

Eso en primer lugar.

Por eso escuchen en segundo lugar lo que a continuación diré a vosotros

tan emparentados con la baja ralea de los condados.

Mi padre no ha muerto seriamente

y los garabatos de la última piedra del río siguen allí,

no están bajo custodia ni boca abajo, ni bocarriba

ni sometidos a siniestros verdugos.

En el fondo de la tierra

echando raíz en la madre

como un árbol que es su hermano, está mi padre

naciente de cedro.

ALÈSIA

Taoufif me habla de las
pequeñas islas de Túnez
y Mongí, su acompañante,
mientras regreso de un sueño
acróbata y vidrioso
permanece en silencio
entre las verduras.
Los oigo desde el amanecer.
Una abeja me sigue
y no sé si la luz de afuera
nace adentro.
Recuerdo solamente el despertar.
Una estrella fulminada
en el cristal de la ventana
antiguos barrotes
del confinamiento
donde mi padre
descifraba
las quimeras
y las sombras
de los hombres
gigantes
lejanos
deambulando
las calles
verdosas
del puerto.
Sombrío les hablo

a Taoufif del alba rústica
mientras tomo una cerveza.
A Mongí le suelto vocablos
y acaricio un brócoli cuya
apariencia me emociona.
Taoufif pregunta
y Mongí suena
su garganta
atragantada de fideos
con salsa de ajíes.
En el caldero nadan huesos
trozos de cordero
los ojos, la sangre
coagulada y los oigo
en el idioma del norte
de África.
Les miento
les juro
les canto en griego.
Afuera bate la lluvia
y aquí entre botellas
de vinagre y olivas
mis palabras se cruzan
se ajan, se oxidan
transpiran una oración compuesta.
En el corazón
una mosca se revuelca
y yo les digo adiós a mis amigos árabes.
Hasta mañana en perfecto español
hasta siempre.
Hasta dentro de poco.

BARINAS, DE VUELTA

Yo vigilaba siempre a lo lejos.
Hubo una época de pájaros empuñados en el cielo
que traían con su vuelo rumores de lluvia taciturna.
Alzaba la mirada y las nubes
lentamente sonaban
y el agua comenzaba a caer
como cae la nieve en Europa.
En los acantilados del barrio obrero
flotaban los grillos verdes y los sapos
saltaban a las veredas y las iguanas
asustadizas, amanecían disecadas
como cartones de piedras magnéticas
que atraían otros misterios
y me atemorizaban por las noches.
Los insectos, ¿de dónde venían
aquellas oleadas?
Me preguntaba y me dormía
oyendo sirenas de ambulancias
y camiones que circulaban zigzagueantes
en el barrio para apagar los incendios
en las fornarinas de los italianos
y en los matorrales resecos por el verano.
Yo vigilaba siempre a lo lejos
desde las plantas y me desesperaba
no ver el horizonte.
Para entonces, confinado en una prisión lejana
mi padre escribía cartas quejumbrosas
y quizá relatara a mi madre

episodios fantásticos y muchos años después
supe que también inventaba crucigramas.
Y escribía poemas sobre árboles humanos
y ríos del llano y bandoleros desafiantes
proclamando la libertad galopando caballos salvajes.
Yo vigilaba a lo lejos
imaginaba su silueta crucificada
por los esbirros y así
sus silencios vacilantes.
Los sacrificios que hacía su cuerpo
su sed y la falta de oxígeno en su celda
hicieron de mi corazón un reloj sin tiempo
que solo cronometraba mis lágrimas
También mandaba flechas y arcos templados
instrumentos musicales, armas de piedras filosas
utensilios extraños y semillas secas
que brillaban y oscurecían en mis ojos
cuando mi madre me contaba sus orígenes.
Eran cosas de indios, decía.
A veces llegaban cartas que mi madre incineraba
junto a otros enseres
y mis hermanos mayores
se iban a la cama lánguidos en secreto
y yo volvía a vigilar a lo lejos el porvenir desordenado.
Hoy de vuelta, un elefante frente a la chimenea
un retrato, una hoz de rajadura rojiza
adquirida en el mercado de las pulgas.
Todos
hoy de vuelta
vigilamos a lo lejos.

A VECES QUIERO SER COMO LOS ÁRBOLES

A Carlos Giusti Vargas

A veces quiero ser como los árboles: que mis pies echen raíces y se hundan en las profundidades de la tierra, y que mis brazos se eleven al cielo y se crucen, torcidos, como ramas, y que formen los signos misteriosos que guardan la leyenda de los bosques.

Que el tronco de mi cuerpo sea rugoso, como rugoso y duro cañón del árbol, y que crezca como él a la intemperie para que lo zurren siempre los vientos, lo acribillen las 'sactas' de las lluvias y lo calcinen los rayos solares.

Que las sabandijas y las parasitas y las fieras, los hombres y los pájaros lleguen y suban hasta mí sin el temor al escollo de la protesta armada, ni al gesto escrupuloso producido por el roce de sus cuerpos inmundos, ni a la sucia y cobarde retirada.

Que vengan sobre mí con sus rugidos, con sus cuerpos viscosos y sus garras, con sus trinos, sus caricias recias y sus nidos, y sus hachas cortantes. A veces quiero ser como los árboles: para ser grande, fuerte y útil como ellos; para nunca jamás temerle a nada y en perenne actitud de penitencia soportar los rigores de los siglos para entrar en el Reino del Milenio.

J. E. RUIZ-GUEVARA. E

[Cárcel pública de Puerto Ayacucho 1958]

Índice

EL PAISAJE Y LOS ESPEJOS	11
ECOS	13
<i>EI ÁRBOL Y EL HOMBRE SON HERMANOS</i>	15
VÍSPERA	17
NOCHE FIERA	19
DE PRIMAVERA EN GRECIA CON MI PADRE	20
NOCHE DE VIGILIA	22
DÍA DE PESCA	24
CORAZÓN DE MEMORIA	25
CEDRAL	26
LA MUJER TELA ARAÑAS	29
EL RIO	31
FÁBULA DEL OTRO	32

1945	35
EL IMPOSTOR	37
EL PRISIONERO	39
NACIENTE	42
ALÈSIA	45
BARINAS, DE VUELTA	47
<i>A VECES QUIERO SER COMO LOS ÁRBOLES</i>	49

Vispera
digital
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de marzo de 2024







Para la poesía de Federico Ruiz Tirado y ese manojito de poemas que *Víspera* amarra, el asombro que experimenta el esteta frente al paisaje –lo sublime– no ha claudicado. Más aún, esa certeza ontológica se encuentra incluso con el anverso de lo sublime, su opuesto psíquico en el estado de la conciencia poética. El autor, su obra y nosotros los lectores nos encontramos también con el espanto, con el pánico y con el ocultamente postrero a la exaltación antes expuesta: la melancolía, el letargo e incluso la decadencia. Federico Ruiz Tirado no es un poeta, es un paisaje surcado por los andares de su padre, sus faenas de llanero cimarrón que alguna vez alucinó en la espuma del mar Egeo y abofeteó los clásicos de Freud y Lacan, y sus discípulos dictando cátedra sobre el amor, la Segunda Guerra Mundial, los zoológicos y las cárceles donde convivió con Gregorio Samsa.



FEDERICO RUIZ TIRADO (Barinas, 1955)

Escritor, poeta y cronista. Desempeñó cargos diplomáticos en Argentina y Francia (2005-2009). Ejerció destacada labor editorial y cultural en la Universidad de los Andes (1989-1999). Ha publicado *Abril*, *Días de aluvión*, *El rostro del fascismo en Venezuela*, *La Patria está en otra parte* (MPPCultura), *4F: Un puñado de pájaros contra la gran costumbre* (Minci). Compilador y prologuista de *4F, Un día para siempre* (Red de Escritores Socialistas de Venezuela), *El programa de la MUD* (Minci, Radio Bemba). Cronista de viajes, columnista de *Ciudad Ccs*, *La Colmena*, *Ensartaos*, el *CUATRO F*, *Correo del Orinoco*.

